

UN GRITO MOLESTO

25 de Octubre de 2015

Evangelio según MARCOS 10, 46-52

Y llegaron a Jericó. Cuando salía de Jericó con sus discípulos y una considerable multitud, el hijo de Timeo, Bartimeo, ciego, estaba sentado junto al camino pidiendo limosna.

Al oír que era Jesús Nazareno, empezó a gritar:

- ¡Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí!

Muchos le intimidaban a que guardase silencio, pero él gritaba más y más:

- ¡Hijo de David, ten compasión de mí!

Jesús se detuvo y dijo:

- Llamadlo.

Llamaron al ciego diciéndole:

- ¡Ánimo, levántate, que te llama!

Él tiró a un lado el manto, se puso en pie de un salto y se acercó a Jesús. Entonces Jesús le preguntó:

- ¿Qué quieres que haga por ti?

El ciego le contestó:

- Rabbuní, que recobre la vista.

Jesús le dijo:

- Vete, tu fe te ha salvado.

Inmediatamente recobró la vista y lo seguía en el camino.



Jesús sale de Jericó acompañado de sus discípulos y más gente. De pronto se escuchan unos gritos. Es un mendigo ciego que, desde el borde del camino, se dirige a Jesús: «¡Hijo de David, ten compasión de mí!».

Su ceguera le impide disfrutar de la vida como los demás. Él nunca podrá peregrinar hasta Jerusalén. Además, le cerrarían las puertas del templo: los ciegos no podían entrar en el recinto sagrado. Excluido de la vida, marginado por la gente, olvidado por los representantes de Dios, solo le queda pedir compasión a Jesús.

Los discípulos y seguidores se irritan. Aquellos gritos interrumpen su marcha

tranquila hacia Jerusalén. No pueden escuchar con paz las palabras de Jesús. Aquel pobre molesta. Hay que acallar sus gritos: Por eso «muchos le regañaban para que se callara».



La reacción de Jesús es muy diferente. No puede seguir su camino ignorando el sufrimiento de aquel hombre. «Se detiene», hace que todo el grupo se pare y les pide que llamen al ciego. Sus seguidores no pueden caminar tras él sin escuchar las llamadas de los que sufren.

La razón es sencilla. Lo dice Jesús de mil maneras, en parábolas, exhortaciones y dichos sueltos: el centro de la mirada y del corazón de Dios son los que sufren. Por eso él los acoge y se vuelca en ellos de manera preferente. Su vida es, antes que nada, para los maltratados por la vida o por las injusticias: los condenados a vivir sin esperanza.

Nos molestan los gritos de los que viven mal. Nos puede irritar encontrarlos continuamente en las páginas del evangelio. Pero no nos está permitido «mutilar» su mensaje.

Están en nuestro camino. Los podemos encontrar en cualquier momento. Muy cerca de nosotros o más lejos. Piden ayuda y compasión. La única postura cristiana es la de Jesús ante el ciego: «¿Qué quieres que haga por ti?».

ANTE UN ELEFANTE

Un príncipe oriental, para dar una lección a sus súbditos sobre la búsqueda de Dios, hizo reunir un día a muchos ciegos. Después ordenó que se les mostrase el mayor de sus elefantes sin decirles qué animal tenían delante. Cada ciego se acercó al elefante y le tocaron en diversas partes de su cuerpo. Al final el príncipe preguntó qué había palpado cada uno.

El que había tocado las piernas dijo que un tronco arrugado de un árbol. El que había tocado la trompa, una gruesa rama nudosa. El que había tocado la cola, una serpiente desconocida. Un muro, dijo el que había tocado el vientre. Una pequeña colina, el que había tocado el lomo.

Como no se ponían de acuerdo entre ellos, comenzaron a discutir. El príncipe interrumpió la discusión: - Esta pequeña muestra os hacer ver cómo de las grandes cosas conocemos muy poco, y de Dios casi nada

Parábola hindú

No suele haber conciencia clara de los problemas que afectan particularmente a los excluidos. Hoy están presentes en los debates políticos y económicos internacionales, pero frecuentemente parece que sus problemas quedan en el último lugar. Ello se debe en parte a que muchos profesionales, formadores de opinión, medios de comunicación y centros de poder están ubicados lejos de ellos. Esta falta de contacto físico y de encuentro, ayuda a cauterizar la conciencia y a ignorar parte de la realidad en análisis sesgados. Pero hoy no podemos dejar de reconocer que *un verdadero planteo ecológico se convierte siempre en un planteo social*, que debe integrar la justicia en las discusiones sobre el ambiente, para escuchar *tanto el clamor de la tierra como el clamor de los pobres*.

Papa Francisco. Laudato Si. 49

Las cunetas de la sociedad

Vivimos en un mundo difícil. Las reglas políticas, económicas y sociales que lo rigen son complejas y no permiten interpretaciones únicas. Incluso los ámbitos más privados como la configuración de las familias, las relaciones interpersonales o la afectividad resultan difíciles de vivir. Se trata de las sociedades complejas. En ellas ha nacido una cultura marcada por la búsqueda de satisfacción inmediata de las necesidades. El consumo es el gurú que promete la felicidad. Un consumo excesivo, sin criterio y convulsivo. Todo se compra: ropas, vehículos, viajes... incluso relaciones y experiencias. Pero todo es insuficiente para quedar saciados. En este viaje muchos quedan marginados, en las cunetas de la vida. Quienes tienen pocos recursos económicos, poca salud, poca ambición e, incluso, poca belleza pueden quedar al margen. Zonas enteras de nuestro planeta son una gran cuneta que acogen a grandes colectivos humanos. Enormes cunetas de las que no resulta fácil salir para volver a vivir.



PARA REFLEXIONAR

- ¿Qué colectivos y situaciones de marginación descubres en tu entorno?, ¿y en el mundo?
- ¿Qué características debe tener la acción social de los cristianos hoy?